

El ADN autosuficiente del Reino Unido y sus consecuencias para la Unión Europea

Resumen:

La peculiar idiosincrasia que ha caracterizado la visión del Reino Unido respecto a Europa ha marcado la relación de la nación insular europea respecto al continente durante siglos, a la vez que ha imprimido un ADN en la política y la sociedad británicas, enfatizado, desde el surgimiento del proyecto europeo hasta el Brexit. Londres y su participación divergente han marcado la evolución de la relación entre el Reino Unido y la Unión Europea hasta la salida del país insular del proyecto europeo. Ahora, la unión continental se enfrenta al reto de la competitividad mundial con un nuevo rival junto a sus fronteras, con el que nunca terminó de compartir ni los intereses ni remó en la misma dirección que el resto de países del continente que conforman la Unión Europea.

Palabras clave:

Unión Europea, Reino Unido, Brexit, Estados Unidos, China, insularidad.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

The UK's self-sufficient DNA and its consequences for the European Union

Abstract:

The particular and unique idiosyncrasy that has characterized United Kingdom vision of the regarding Europe has marked the relationship of the island nation with the continent for centuries, while it has sculpted a unique DNA in British politics and society, especially, since the emergence of the European project until Brexit. London and its divergent participation have marked the evolution of the relationship between the United Kingdom and the European Union until the country left the European project. Now the continental union faces the challenge of global competitiveness with a new competitor next to its borders, which never finished sharing a common interest or even rowed in the same direction as the rest of the countries of the continent belonging to the European Union.

Keywords:

European Union, United Kingdom, Brexit, United States, China, geopolitics, insularity

Introducción

El abandono de la Unión Europea (UE) por parte del Reino Unido, tras la consumación del Brexit, es el comienzo de una nueva etapa en una relación de intereses comunes y desencuentros que ha marcado la relación entre la nación insular con Europa desde el inicio de los tiempos.

La cronología de dos visiones e intereses se desarrolla a través de una larga historia que durante siglos ha esculpido el ADN del sentimiento nacional británico, su política y el enfoque de las relaciones internacionales, que no ha sido ajeno a las décadas de convivencia dentro de la Comunidad Económica Europea y, posteriormente, la UE.

Europa continental y el Reino Unido han vivido durante cientos de años dentro de una paradoja geopolítica, que se describe a la perfección desde una analogía geográfica como la que a inicios del siglo xx realizó *sir* Halford Mackinder.

El geógrafo inglés, y reconocido geopolítico, ha pasado a la historia por su expresión: «Gran Bretaña es parte de Europa, pero no realmente en ella»¹, que define perfectamente una relación que traspasa la observación geográfica para identificar un patrón de comportamiento de toda una relación política y económica entre el Reino Unido y los países continentales de Europa a lo largo de la historia.

Una de las mejores formas de comprender la psicología que ha condicionado la historia de amor y desamor que ha condicionado la relación británico-europea desde la creación del mercado único europeo, recuerda al crítico análisis del geógrafo inglés.

La insularidad geográfica y una historia con una mirada más global que continental que ha marcado el devenir de sus políticas y estrategias de los últimos 150 años, como consecuencia de la vocación comercial y expansionista de la corona británica a través de los océanos, condicionando las relaciones con las naciones continentales, a marcadas por una unión siempre desconectada.

La diferencia de los puntos de vista, estrategia política y la geoeconómica del Reino Unido a lo largo de la historia reciente, incluida la más próxima y cercana, muestra la distancia de la mentalidad británica respecto a Europa de una forma contundente.

En el corazón de la relación con el continente, el Reino Unido nunca ha buscado una integración plena, al contrario de otras naciones continentales durante la segunda mitad

¹ MACKINDER, Halford. *Britain and The British Seas*, London: William Heimann 1902.

del siglo xx. Su propia idiosincrasia ha prevalecido ante la armonización comunitaria, que busca la igualdad y el mercado único que garantice un estándar que rompa las barreras culturales, ideológicas, políticas, sociales y económicas, en favor de un desarrollo como grupo.

Por su parte, pese a la integración en la UE, los británicos han mantenido siempre una marcada diferenciación como eje de su política respecto a Europa.

Un ADN propio y diferenciador

De nuevo, el ADN forjado por la historia y su posición insular marcó la forma divergente de comprender el futuro que se proponía en el continente de postguerra. Un ejemplo de este comportamiento se vivió al inicio de los años 50 del siglo xx, cuando desde el Reino Unido consideraron que su nación aún era una potencia mundial, antes que una nación europea de tamaño intermedio. La consecuencia de esta mentalidad y forma de actuar convirtió el concepto de Europa como un mero objeto de intercambio transaccional.

En palabras del redactor de *The Economist*, John Peet: «Gran Bretaña es, por naturaleza y por inclinación política, un país reacio a la idea de una Europa unida, y en este sentido es bastante diferente del resto de miembros de la Unión Europea»².

Pero lo verdaderamente relevante es la transposición de estos elementos, identificados casi como patrimonio nacional, en los aspectos que sí inciden sobre las relaciones políticas y económicas al más alto nivel.

La rotunda negación a la entrada en la unión monetaria de la que nació el euro, el mantenimiento del control fronterizo, con la renuncia expresa a integrarse a la zona Schengen, y un largo etcétera, son signos inequívocos de la prolongación de los intereses y posturas de los años 50 adaptada al formato del siglo xxi.

² PEET, John. «El Reino Unido y Europa», en *La búsqueda de Europa. Visiones en contraste*, Madrid: BBVA 2015.

El Reino Unido y Europa: antecedentes de una historia de amor y desamor

La vocación imperialista que ha caracterizado durante siglos la visión británica del mundo ha contribuido a sospechar de cada oferta, oportunidad o situación respecto a los países continentales.

La rivalidad, a lo largo de cientos de años, por conquistar nuevos territorios y rutas comerciales tras el descubrimiento de América por parte de los Reyes Católicos sirvió de pistoletazo de salida para una disputa por la hegemonía global que implicó a las principales potencias europeas.

La historia del Reino Unido y de la Europa continental discurren de la mano, pero al mismo tiempo poseen identidades independientes.

Remontando la mirada a las guerras napoleónicas, pasando por el diseño y construcción de un imperio que hiciera sentir su poder en el escenario europeo, hasta llegar al protagonismo reservado a su papel durante la Segunda Guerra Mundial, donde el sello de la insularidad reforzó la identidad nacional, el recelo a Europa potenciado por la seguridad de sentirse inexpugnables, forjó el vínculo como sociedad de la diversidad y autonomía respecto al continente, que ha caracterizado la idiosincrasia de la sociedad y la geopolítica británicas durante el siglo xx.

Históricamente, Gran Bretaña ha competido con los países europeos por los mismos territorios y rutas comerciales, lo que ha marcado profundamente la suspicacia y la rivalidad forjada a golpe de historia en el ADN de las relaciones con el Viejo Continente. Esta mentalidad de competidor y de rival no ha sido abandonada en favor de un proyecto paneuropeo.

Tras dos guerras mundiales, la llegada de la Guerra Fría dejó atrás la rivalidad germana para enfrentar al país insular contra otra nación europea: Rusia. A lo largo de su larga historia, el Reino Unido ha tenido un rival frente a sus costas, bien sea la corona española (con el problema de Gibraltar todavía coleteando siglos más tarde), Francia, Alemania o Rusia.

La salida del Reino Unido de la UE abre un nuevo frente a esta última al estrecharse su margen de maniobra y credibilidad como gran jugador en el panorama internacional, ahora que ha perdido a un país que, junto con Alemania y Francia, conformaba el grupo de las tres naciones más importantes por PIB y población de la Unión.

Los orígenes de la UE parten del final de la Segunda Guerra Mundial, desde donde nace un sentimiento que prevenga que se repitan acontecimientos tan atroces como los que marcaron la primera mitad del siglo xx.

Pese a las declaraciones de total apoyo pronunciadas por Winston Churchill respaldando la idea de una Europa unida que evitara futuros enfrentamientos en su declaración de Zúrich de 1946 («Tenemos que construir una especie de Estados Unidos de Europa»)³, durante este discurso el dirigente británico propuso «una estructura bajo la cual pueda vivir en paz, en seguridad y en libertad».

En 1951, mientras surgía la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), los británicos prefirieron mantenerse a un lado, ver y esperar.

Pero cuando los primeros esfuerzos por unificar el concepto de Europa se ponían en movimiento para iniciar el proyecto de construcción europea, el Reino Unido eludió sus buenas palabras, se mantuvo expectante y al acecho a la espera de ver la evolución de los acontecimientos.

Posteriormente, la invitación a formar parte de la Comunidad Económica Europea cayó en saco roto y el histórico Tratado de Roma de 1957 no contó con la firma de Londres.

Una vez más, el recelo insular, la desconfianza y el espíritu de rivalidad innato de la idiosincrasia británica prevalecieron sobre la voluntad de crear un futuro diferente e integrador que evitara los errores del pasado.

La vieja mentalidad del imperio y la aureola de nación vencedora pudieron haber condicionado la decisión del Reino Unido de decir no a la CECA, a través de un espejismo en el que pensaban que todo podría seguir igual que a finales del siglo xix.

El propio Jean Monnet, arquitecto de la creación de la idea de una Europa unida y diplomático reconocido como padre fundador de la UE, comentó precisamente esta idea cuando declaraba: «Nunca entendí por qué los británicos no se unieron», llegando a la conclusión de que «debe haber sido porque era el precio de la victoria: la ilusión de que podías mantener lo que tenías, sin cambios»⁴.

³ CHURCHILL, Winston. «I wish to speak to you today about the tragedy of Europe», discurso de Winston Churchill en Zúrich el 19 de septiembre de 1946. Disponible en <http://churchill-society-london.org.uk/astonish.html> (Fecha de la consulta: 18/2/2021).

⁴ MONNET, Jean. «Is Britain more European than it Thinks?», *History Today*, febrero de 2012. Disponible en <https://www.historytoday.com/archive/britain-more-european-it-thinks> (Fecha de la consulta: 18/2/2021).

Ver y esperar

La estrategia de estar sin estar, que define gran parte de la política británica respecto a Europa, se materializó de nuevo una vez que la situación económica y el miedo a quedarse atrás impulsaron una corriente de acercamiento en las islas británicas, al ver que las economías de Alemania, Francia y otras naciones prosperaban en el periodo de postguerra mientras que la soledad británica ralentizaba su recuperación económica.

La ventaja de saberse deseado y cortejado sirvió para que Europa abriera las puertas a una nación que no había contribuido al éxito inicial de la recuperación que experimentaban las naciones europeas.

El doble juego británico fue identificado por Charles de Gaulle. El dirigente francés marcó distancias, consciente de que los intereses británicos no compartían la mentalidad de la unión y reflejaban los vínculos y la agenda privada de los Estados Unidos.

Finalmente, a mediados de la década de los setenta del siglo XX el Reino Unido se incorporó a la familia europea, una vez que De Gaulle abandonara el cargo. Pero desde el principio de su incorporación a Europa, en el seno del Parlamento y los diferentes partidos del país británico, incluido el Partido Laborista, con Michael Foot a la cabeza, surgieron voces en contra que demandaban la salida de la Comunidad Económica Europea.

Apenas diez años desde la vinculación británica, la historia de desencuentros entre la UE y Londres era toda una realidad. Las palabras de Margaret Thatcher mostraban la verdadera posición del Reino Unido respecto al plan de una Europa cada vez más unida, que tenía en el Tratado de Maastricht un elemento impulsador necesario para un futuro paneuropeo.

El miedo a la pérdida de soberanía con la que mantener la hegemonía de una autosuficiencia moral, económica y política, demostraba la incorregible actitud británica, que antepone sus intereses nacionales a cualquier otra entidad, supranacional y comunitaria, como en el caso de la UE.

Thatcher fue rotunda en su famoso discurso de Brujas, que revelaba el temor británico a «un superestado europeo que ejerce un nuevo dominio desde Bruselas»⁵. La muestra

⁵ THATCHER, Margaret. «Speech to the College of Europe (“The Bruges Speech”)», Margaret Thatcher Foundation, septiembre de 1988. Disponible en <https://www.margaretthatcher.org/document/107332> (Fecha de la consulta: 18/2/2021).

de este verdadero sentimiento y posición política hacia todo aquello que suponga una pérdida de autogobierno por parte de Londres pone de manifiesto lo profundo y arraigado que el ADN histórico británico en los dirigentes.

El instinto de supervivencia y autosuficiencia provocó que el Reino Unido no se sumase al proyecto por igual a pesar de firmar el Tratado de Maastricht en 1992, una vez que la *Dama de Hierro* había dejado el cargo, alargando las discrepancias y retrasando el progreso de toda Europa nuevamente.

Pese a la firma, de nuevo la exclusividad que ha marcado las relaciones euro-británicas, se permitió al país insular obtener exclusiones que le mantuvieron apartada de la moneda única y en diversos capítulos sociales. Una vez más, el Reino Unido era Europa, pero de un modo diverso al del resto de naciones.

Todos estos movimientos han sentado un precedente que se ha extendido en diferentes ocasiones, creando una Europa de varias velocidades con Estados rebeldes que siguen el ejemplo de la excepción británica para conseguir sus fines, dejando en evidencia las lagunas internas de Europa a los ojos de los competidores exteriores, que aprovechan cada punto débil en su propio beneficio.

La actitud del país anglosajón es el mejor ejemplo de la política de «mi país *first*», pionera incluso del *America First* de Donald J Trump y las políticas de otros países de la actual UE. Reino Unido ha acudido a Europa con desconfianza y con la red lista para pescar las mejores oportunidades para su economía, al tiempo que levantaba muros y barreras para todo aquello que supusiera una integración mayor en un proyecto en el que, más que construir, ha preferido inferir y explotar en su propio y único beneficio, además de contribuir a las agendas de terceras naciones con posiciones no siempre alineadas con las de Bruselas.

Una situación dañina para Europa

Pese a los malos gestos y la particular forma de pertenecer a la UE durante décadas por parte del Reino Unido, la UE ha sufrido un duro golpe en su cohesión interna y proyección mundial como alternativa a potencias económicas como China y Estados Unidos, con la pérdida de la tercera economía del bloque comunitario y un país con la importancia estratégica en múltiples sentidos como el Reino Unido.

La posición de fuerza de la Unión Europea puede haber quedado en entredicho como consecuencia de la escisión de un Estado miembro, el Reino Unido, que, si bien no ha sido un modelo de integración y compromiso del proyecto europeo desde sus primeros días, supone una pérdida importante en múltiples sectores.

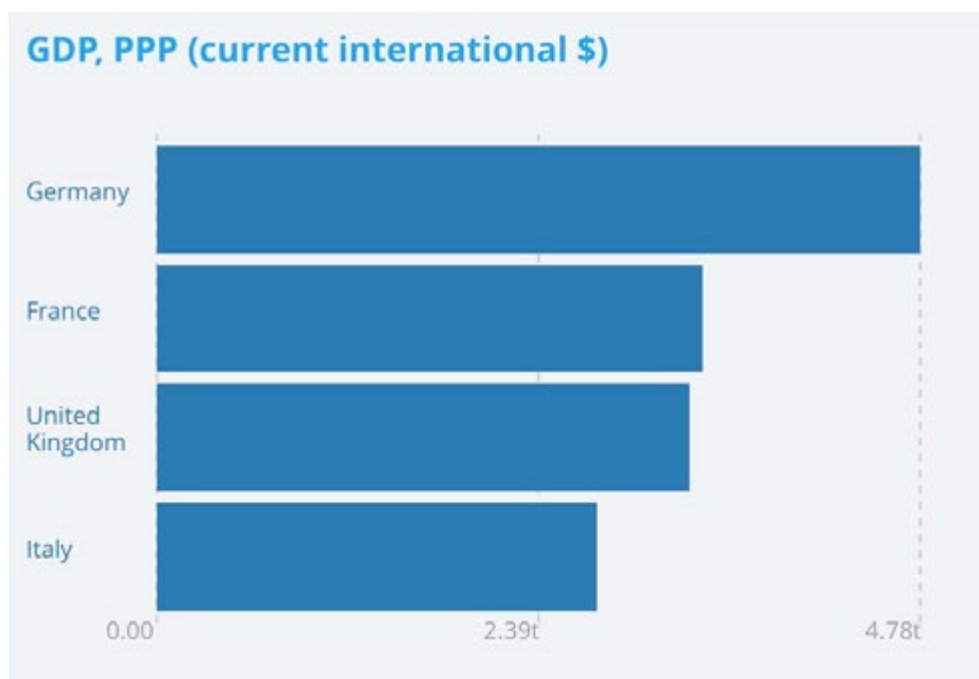


Figura 1. Producto interior bruto (PPP) de Alemania, Francia, Reino Unido e Italia. Fuente. The World Bank.

La salida del Reino Unido supone perder de la noche a la mañana, para la economía de la UE, un PIB de 3 337 149 millones de dólares⁶, equivalente al de Francia, y 66,7 millones de personas⁷, que de un día para otro han dejado de pertenecer al proyecto común europeo.

⁶ «World Development Indicators database», The World Bank. Disponible en: <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.PP.CD?end=2019&locations=GB-DE-FR-IT&start=2019&view=bar&year=2019> (Fecha de la consulta: 18/2/2021).

⁷ «United Kingdom population mid-year estimate», Office for National Statistics, junio de 2020. Disponible en: <https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/populationandmigration/populationestimates/timeseries/ukpop/pop> (Fecha de la consulta: 18/2/2021).

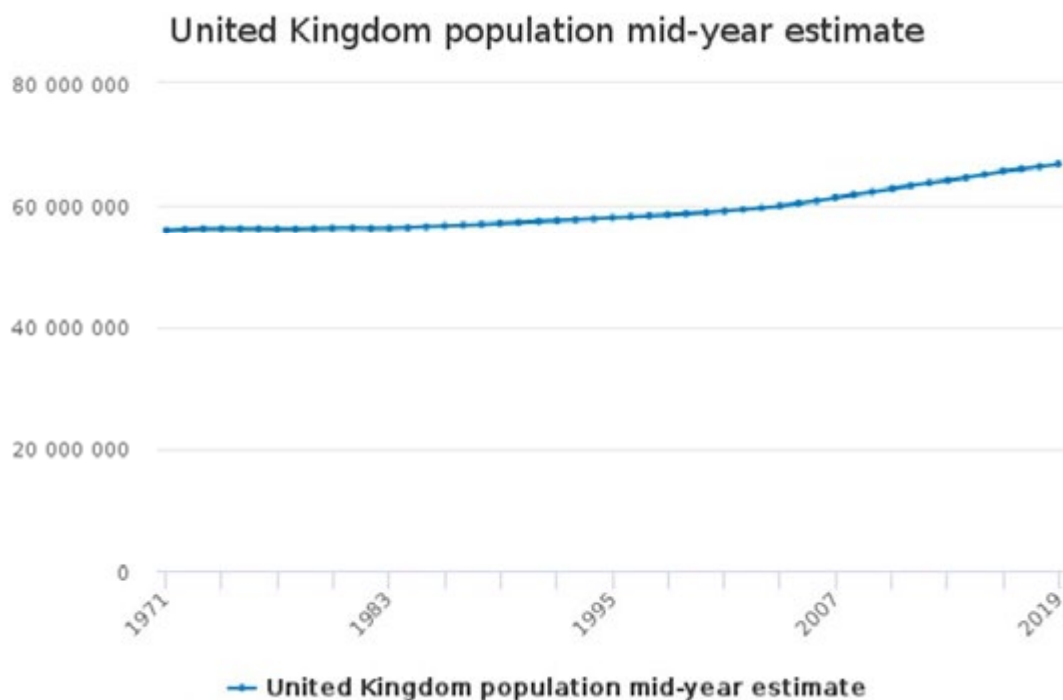


Figura 2. Estimación de mitad de año de la población del Reino Unido. Fuente. Office for National Statistics.

A lo largo de su historia, el comercio inglés, antes de ser atlántico, era esencialmente europeo. De hecho, una vez lanzada a su aventura más allá de los confines europeos, la relación comercial con el continente mantenía un peso importante para los ingleses y escoceses también.

Con el fin de la era colonial e imperial, el comercio británico se reorientó de nuevo a Europa, pero diversificando sus fuentes y nexos transoceánicos, que impulsaron el concepto de *city* londinense bajo un proceso de internacionalización que hizo prosperar a la ciudad del Támesis bajo una vocación global de mercado carácter internacional.

El Reino Unido ha estado dentro y fuera de Europa a la vez, desde que decidieron adherirse a un proyecto económico europeo del que desconfiaban, pero no querían perder la oportunidad de influir y determinar en función de sus propios intereses, que en muchas ocasiones no se han alineado con el objetivo común del espíritu continental.

Los británicos han querido participar del banquete, pero sin ayudar a poner la mesa; han querido contribuir a la elección del menú, sin ir a la compra; y han querido sentarse en el

mejor sitio por el hecho de ser británicos, a la espera de que otras naciones les sirvieran los platos.

Durante todo este tiempo, la influencia y participación del Reino Unido en las instituciones y toma de decisiones europeas ha permitido inferir estratégicamente intereses terceros sobre las decisiones internas en Bruselas.

El alineamiento británico con los intereses estadounidense forma parte de la forma de entender la política internaciones por parte de Londres, que necesita el paraguas del poder que la Casa Blanca ejerce a nivel global para prolongar su presunto estatus de potencia internacional y nación clave, al margen de Europa, Bruselas y las instituciones de la UE, a la hora de afrontar los desafíos geopolíticos mundiales.

El freno británico al desarrollo de Europa como potencia alternativa a Estados Unidos o China en la economía mundial ha sido constante desde su primer día en las instituciones europeas.

La actual situación vivida como consecuencia de la pandemia del SARS-CoV-2 pone de manifiesto los efectos que la política británica ha dejado en Europa. La Unión Europea carece en 2021 por completo de competencias en materia sanitaria.

Esta situación es el resultado directo del bloqueo absoluto del Reino Unido a la creación de una Agencia del Medicamento Europea con plenas competencias. Hoy en día contamos con tal agencia, pero carente de cualquier poder real para imponer a los Estados miembros una acción coordinada, mientras los muertos se cuentan por cientos de miles a nivel europeo.

La zancadilla británica ha contribuido a que hoy la Unión Europea no posea las herramientas necesarias para afrontar una pandemia, que ha generado la mayor crisis sanitaria de la historia y que pone de rodillas a la economía del continente.

El tira y afloja con motivo de la producción y suministros de la vacuna contra el coronavirus con el Reino Unido es una muestra clara y evidente de lo que le espera a la Unión Europea en sus futuras negociaciones.

El exmiembro de la Unión ha pasado de ser una piedra en el zapato a convertirse en un peñón que bloquea y dificulta el paso de Europa al escenario geopolítico global.

Londres ha estado en Europa sin aceptar la moneda única o la libre circulación de sus ciudadanos. Las últimas décadas reflejan perfectamente la dualidad de la posición

británica respecto a Europa, continente al que pertenecen por geografía, pero que ven como elemento periférico y distante, caracterizado por una doble personalidad de unión y separación que han determinado una escisión que abre toda una época llena de desafíos y nuevas sombras para una Unión Europea.

Ahora, el Eurogrupo es más pequeño y está más debilitado que nunca, precisamente en un momento clave que marcará la evolución de los equilibrios de poder de la primera mitad del siglo XXI.

El reto que la Unión Europea tiene ante sí marcará su posición en un mundo que evoluciona, económica, social y políticamente, hacia un futuro donde Europa carece de fuerza para competir de igual a igual con dos potencias como China y Estados Unidos.

Reino Unido ha sido una piedra en el zapato de la política europea a la hora de potenciar a la Unión como ente supranacional, capaz de reafirmar su posición en el panorama internacional.

Ahora, con el Brexit completado, Londres no necesita máscara para ocultar sus distantes intereses respecto a Bruselas. El incumplimiento del protocolo sobre Irlanda, incluido en los acuerdos firmados el 24 de diciembre de 2020, entre la Unión Europea y el Reino Unido, es un preámbulo del futuro de la relación entre Bruselas y Londres.

Europa tiene ante sí, más que un socio comercial, un nuevo reto a la hora de tejer una red de alianzas y estrategias internacionales para abordar los retos geoeconómicos y geopolíticos de la década de los 2000 del siglo XXI.

Conclusiones

Quizá uno de los mejores términos que definen la relación de amor-odio entre el Reino Unido y la UE es el concepto de bloques, puesto que más que países unidos en un proyecto común, en ocasiones la turbulenta relación ha sido más parecida a una política de bloques que de naciones. Al fin y al cabo, como apuntaba de Gaulle, el Reino Unido en sus acciones no siempre ha respondido a sus propios intereses al ser, en ocasiones, un brazo ejecutor o cómplice de las políticas estadounidenses en materia de política y seguridad internacional.

El enfoque estratégico británico ha estado predominantemente alineado con Washington, tanto en sus capacidades militares como en sus esfuerzos diplomáticos. Sus objetivos para aplicar dicha política han sido⁸:

- Aprovechar la potencia norteamericana como garante de sus dos ejes geoestratégicos tradicionales.
- Servir como puente indispensable entre Europa y Estados Unidos (el denominado «vínculo transatlántico»).

Desde Londres se ha vendido a la UE como un ente rival, casi hostil, que amenazaba los intereses de su país.

Este ha sido uno de los argumentos de los euroescépticos a la hora de jugar y llegar a la psique de la ciudadanía, que ha caído en el viejo truco del populismo más antiguo, exacerbando un nacionalismo y una identidad británica grabada a fuego en el ADN de la ciudadanía y clase política.

Ni la era digital, ni las redes sociales, ni mucho menos la globalización, han conseguido apagar el sentimiento nacional y la reminiscencia imperial del carácter de los británicos.

Como si la Rusia de Vladimir Putin se tratara, el Reino Unido se ha vendido un Brexit como solución y retorno a un pasado glorioso, precisamente la misma estrategia que desde el Kremlin se ejerce para justificar ciertas acciones y sacrificios en favor de un retorno de la grandeza simbólica de la extinta Unión Soviética, respecto a su posición e influencia mundial.

La salida del Reino Unido de la Unión Europea genera un futuro incierto tanto para Londres como para Bruselas, afectando a todo el proyecto europeo en medio de la crisis provocada por la pandemia, que desafía los equilibrios internos e internacionales de la UE derivados de la crisis sanitaria y económica.

Pero el aspecto más negativo de esta situación, pese al acuerdo de salida y los arreglos comerciales que permiten cierta normalidad momentánea en los intercambios

⁸ PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. *La Autonomía Estratégica de la Unión Europea y la visión de Estados Unidos*. Documento de Análisis IEEE 29/2019. Disponible en http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2019/DIEEEA29_2019JOSPON_EEUU.pdf (Fecha de la consulta: 18/2/2021).

económicos y el flujo de mercancías y negocios, pasa por la geopolítica que el Brexit deja tras de sí a Europa (esa sin el Reino Unido).

La salida del Reino Unido de la UE llega en el peor momento posible y en plena pandemia.

Esta década, Europa se enfrenta a una revolución tecnológica para la que la suma cuenta más que las escisiones, especialmente cuando estas traen consigo un nuevo e incómodo competidor a pocos kilómetros de tus fronteras.

El reto europeo es mayor si cabe que la era de industrialización: el futuro vendrá dominado por las nuevas tecnologías, la economía 4.0 y la descarbonización de la economía, que marcarán la economía pos-COVID.

Si la UE no muestra su fortaleza frente a quienes no desean que esta surja, será difícil que la UE pueda resistir una competencia global de escala mundial, donde China, India, Estados Unidos y Rusia están, en ciertas materias y tecnologías, más avanzados y mejor preparados que los países del bloque europeo.

*Iván Martín y Ladera**

Profesor titular del Departamento de Econometría
Universidad de Castilla-La Mancha